

La Sociedad de la Información”: El Enfrentamiento entre proyectos de Sociedad

Armand Mattelart*

En la presentación del tema general “Sociedad de la Información, Sociedad del Conocimiento”, los organizadores de la “VI Conferencia sobre los Retos de México ante la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información”, recuerdan con toda razón que : “La información no contribuye, por sí misma, al entendimiento ni a la solución de los problemas sociales, para aprovecharla es preciso saber identificar, encontrar y cotejar la información que nos pueda resultar útil. La sociedad de la información puede contribuir a transformar la economía, el trabajo, la cultura y las formas de relación personal. De la comprensión de sus implicaciones depende nuestra capacidad para encauzarlas”

Contrariamente a lo que repiten a la sociedad los profetas del ciberespacio, el enfrentamiento contemporáneo alrededor del proyecto de la llamada sociedad de la información, no se da entre tecnófilos y tecnofobos, ni tampoco entre “globalofilos” o “globalofobicos”, según el vocabulario vigente en la jerga mediática mexicana, sino entre quienes creen en el milenarismo tecnoglobal y quienes luchan para lograr un control democrático del espacio informacional y comunicacional. Ubicar el reto ante las nuevas tecnologías digitales bajo el ángulo del ensanchamiento de la democracia, permite evitar el doble escollo a la vez del angelismo y del apocalipsis.

Nociones con una memoria cargada de ambigüedades

Debo confesar, de entrada, que las apelaciones de “Sociedad de la Información” y “Sociedad del Conocimiento” que tienden cada vez mas a formar parte de un cierto sentido común, están lejos de ser inocentes. De hecho, la expresión “Sociedad de la Información” es el resultado de una historia marcada por numerosas controversias y es precisamente lo que he tratado de demostrar al trazar su genealogía en *Historia de la Sociedad de la Información*, publicada en 2002.

La idea de sociedad regida por la información, por el “dato”, esta anclada en el proyecto de la modernidad occidental. Es muy anterior entonces a la invención del lenguaje informático y de la noción contemporánea de “información”, verdadero proteo y comodín. En el transcurso del siglo XVII y XVIII se entroniza a la matemática como arquetipo de la razón, como modelo de razonamiento y de acción útil. Tiempos donde se reaviva el grial de un “lenguaje universal”, de la “Biblioteca de Babel”, un tema recurrente en la obra de Jorge Luis Borges. La idea se despliega con el proceso de industrialización y se confunde con los avances del pensamiento de lo cifrable y de lo medible como norma de perfectibilidad de la sociedad, como parámetro del universalismo. Se confunde también con la evolución de las doctrinas de organización y re-organización de la sociedad. Nada extraño entonces es encontrar al fundador de la economía política clásica, Adam Smith, al filosofo del “industrialismo” Claude-Henri de Saint-Simón, al inventor de la primera

* Profesor de la Universidad de Paris VII. Vincennes-Saint Denis. Trabajo tomado de su exposición en la VI Conferencia Internacional “Los retos de México ante la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información”, celebrada en el Senado de la República del 28 al 30 de mayo de 2003.

doctrina de la organización científica de la división del trabajo, Frederick Winslow Taylor, en los precursores del proyecto tecnocrático de una “sociedad funcional”, una sociedad gerenciada por virtud del saber positivo.

La noción misma de Sociedad de la Información se gesta paulatinamente a partir del fin de la segunda guerra mundial. Una serie de neologismos se encarga de anunciar la promesa de una nueva sociedad: *managerial*, post-capitalista, post-histórica, post-industrial, technotónica, etc. Todos preparan el advenimiento de la “Sociedad de la Información” que se institucionalizara definitivamente a partir de los años setenta. La esperanza que, al salir del conflicto, el inventor de la cibernética Norbert Wiener pone en el potencial emancipador de las tecnologías de la inteligencia artificial: (“Hacer que nunca mas se vuelva a repetir la barbarie de Bergen-Belsen e Hiroshima”) se ve rápidamente truncada por los enfrentamientos de la guerra fría y las primeras aplicaciones de estas invenciones a las redes de protección del espacio aéreo.

El proyecto de una “nueva sociedad” configurada por las nuevas máquinas de información se vuelve parte integrante de los envites de las tensiones entre los dos sistemas de valores. Desde la mitad de los años cincuenta el auge de estos neologismos en la ciencia política estadounidense corre pareja con las tesis de los “fines” o “crepúsculos”: de la edad de la ideología, de lo político, de las clases y de sus luchas, de los intelectuales protestatarios y, por ende, del “compromiso”, en provecho del auge de un intelectual volcado hacia la toma de decisiones. En la nueva sociedad prometida, el pensamiento *managerial*, el positivismo gerencial sustituiría a lo político. En los años sesenta, con el perfeccionamiento de los “métodos objetivos” para explorar el futuro, empezaron a multiplicarse los best-sellers de anticipación de la sociedad tecno-informacional, sinónima de pleno empleo, de fin del Estado-Nación, de democracia interactiva. En la sociedad de los futurólogos, la fractura ya no se daría entre ricos y pobres, entre comunismo y socialismo, sino entre Antiguos y Modernos (según los mitos acunados por Alvin Toffler). A partir de los años setenta, la noción de Sociedad de la Información saldrá de los *think tanks* y de los medios académicos para convertirse en principio operacional en manos de los gobiernos de los grandes países industriales.

Volveré mas adelante sobre esta fase decisiva que desembocara progresivamente a los retos de hoy. Hilo de Ariadna de esta historia, a cada generación de las técnicas aptas a hurgar el tiempo y el espacio se reavivaran en el discurso mesiánico sobre la promesa de concordia universal y de un nuevo “agora” ateniense. De Bacon a Leibniz, de Condorcet a Al Gore, de Teilhard de Chardin a McLuhan, pasando por Zbigniew Brzezinski, se reconducirá esta creencia tecno-determinista. Cada vez, el reciclaje de esta retórica se efectuara a pesar de la diversidad de los contextos socio - históricos de implantación de las técnicas de comunicación y los desmentidos sucesivos a sus virtudes milagrosas. La amnesia será un rasgo constitutivo de los imaginarios sociales de la comunicación.

El termino “Sociedad del Conocimiento”, de aparición mas reciente, que ambiciona colmar las carencias y las ambigüedades de la noción de “Sociedad de la Información”, es también problemático. El uso de la noción genérica de “conocimiento” es tan proteiforme como el recurso a la de información. Consensual a poco costo, esta semántica tiene el defecto de esquivar la cuestión de la pluralidad de los saberes y de sus protagonistas: los saberes fundamentales o sabios, los saberes aplicados de los expertos y los contra-expertos, los saberes ordinarios surgidos de las múltiples vivencias de la cotidianidad. Uno de los

aportes mayores de la ruptura epistemológica que, en los años ochenta, ha significado el nuevo paradigma del “retorno al sujeto” en las ciencias humanas y sociales es precisamente la rehabilitación de los saberes procedentes de las experiencias vividas.

De ahora en adelante, este nuevo régimen de verdad repercute ineludiblemente en las maneras de acercarse a la producción y la circulación de las otras dos fuentes de saberes. Así lo están entendiendo, por ejemplo, los nuevos movimientos sociales para otra mundialización, al definirse como “movimientos de educación popular” y al buscar nuevas formas de alianzas sociales entre intelectuales y actores de la sociedad civil organizada, formas inéditas de intercambios mutuos de los saberes en todas sus variantes.

A la noción singular y unívoca de “conocimiento”, prefiero la expresión alternativa “Sociedad de los saberes para todos y por todos” para designar el proyecto de sociedad equitativa, sacando provecho de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. Esta denominación tiene, por lo menos, el mérito de contrarrestar la tendencia lancinante que se observa en las esferas del poder llamado global, al retorno de las concepciones difusionistas –de arriba abajo– de la producción y distribución del “conocimiento” en las estrategias de construcción de los macro-usos de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. La retórica de la innovación digital sirve de coartada para remozar visiones neo-imperiales y etno-céntricas de la reestructuración del orden mundial. He aquí, por ejemplo, como el gurú del *management* Peter Drucker, en su libro *La Sociedad Post capitalista*, caracteriza a la “Sociedad del Conocimiento” (*knowledge society*): “El hombre instruido del mañana deberá contar con que viva en un mundo globalizado, que será un mundo occidentalizado”.

La reciente crisis iraquí nos enseña que más que nunca el etnocentrismo de las sicologías de la modernización entendidas como “occidentalización” o “*westernization*” está repuntando con fuerza en los *liftings* de la ideología arrugada del progreso. El “conocimiento” en paracaídas del Banco Mundial y para los recalcitrantes, las bombas para preparar el terreno. Ambas formas de difusión traducen una incapacidad para entender el meollo de las culturas. Lo que podría significar a la larga, una real incapacidad de gobernar, de ejercer la hegemonía. El campo geopolítico de las culturas es donde el coloso deja al descubierto sus pies de arcilla, donde se fisura su credibilidad.

Por estas razones reviste tanta importancia la Conferencia que en mayo se convocó en México y que trató de fijar su posición ante la “Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información” decidida por la Asamblea General de las Naciones Unidas y capitaneada por la Unión Internacional de Telecomunicaciones (IUT) con la contribución de la UNESCO. El hecho de que un país, con su(s) cultura(s), se esfuerce por apropiarse de este tema rotulado global, debe interpretarse también como una forma de resistir a una involución del pensamiento que niega la quiebra de la ideología del desarrollismo. Una involución que nos hace retroceder a los años cincuenta y sesenta, cuando toda una escuela de planificadores sociales calculaba indicadores socio-económico-culturales con vista a establecer escalas de acceso a un progreso calcado sobre la sociedad mas “desarrollada”.

Hablar de la “Sociedad del Conocimiento” sin caer en mitologías sobre el poder redentor de las tecnologías implica reconocer que los sistemas de producción y circulación de los saberes atraviesan una crisis profunda, estructural. Lo atestiguan las embestidas desreguladoras en contra de la idea de servicio público en los sistemas de enseñanza y de

investigación. Un buen índice sería el número de huelgas que últimamente han ocurrido bajo todas las latitudes para defenderlo. Globalmente, se puede decir que la innovación tecnológica se ha vuelto un arma decisiva en la guerra a la que se entregan los grandes grupos para la conquista de los mercados, desde aquellos de alta tecnología hasta los de la industria farmacéutica, pasando por los de los organismos genéticamente modificados.

El proceso de producción de los conocimientos está atrapado en una dinámica que fija una escala de prioridades actuando en función del aumento de la competitividad de las empresas. La visión gerencial de la sociedad ha naturalizado el acercamiento acrílico de los focos de elaboración y transmisión de los saberes al pragmatismo empresarial. La apropiación por la valorización capitalística de la materia gris y de la creatividad con fines de integración, es uno de los retos mayores del proyecto ultraliberal de construcción de la arquitectura reticular global. La nueva tecno-utopía busca la alianza entre la “imaginación” de los “intelectuales” y el “realismo” de los “*managers*”. Paradójicamente, este lenguaje de maniqueo deja ver los prejuicios del anti-intelectualismo que la nutre.

Todos, desde contextos muy variados, vivimos estas tendencias pesadas del remodelamiento del mundo. Las vivo yo personalmente, por ejemplo, en los debates sobre los planes de armonización de los diplomas universitarios y las orientaciones propuestas para la investigación en la Unión Europea. Una concepción instrumental del saber esta progresando y hace que se pierda de vista que la tarea de la universidad es proporcionar al estudiante una enseñanza que le dé la posibilidad de forjarse su autonomía intelectual. El positivismo gerencial es alérgico a todo distanciamiento. De allí la aversión por las “teorías”, la alergia a la reflexividad, asimilada a “teoricismos”.

Al no contrarrestar las tendencias que apuestan a la “profesionalización”, a la transmisión de habilidades técnicas, al escamotear la cuestión de la “profesionalidad” como inserción en la sociedad no solo como profesional sino como ciudadano, se corre el riesgo de no poder aprovechar el potencial virtual de ese fabuloso arsenal de tecnologías nuevas y de orientar los usos sociales de las herramientas de la futura sociedad de conocimiento, hacia los mismos callejones sin salida de la sociedad industrial. En una palabra, uno se arriesga a quedar corto de “imaginación sociológica”. Lo preocupante e incluso escandaloso desde el punto de vista moral, es que la zanja entre las promesas invertidas en las tecnologías digitales y los usos reales de éstas en provecho de la felicidad de todos los humanos, no deja de aumentar día tras día. La obnubilación por la innovación técnica no guarda proporción con la potenciación de las innovaciones sociales.

Que las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación tengan un carácter estructurante y revelador del estado de una sociedad, lo sabemos desde hace algún tiempo. Ya en la investigación que hace más de veinte años realicé con mi amigo Héctor Schmucler, en ese entonces docente de la UAM-Xochimilco en México, en varios países del sub-continente, México entre otros, y que se publicó con el título *América Latina en la Encrucijada Telemática*, anotábamos: “Herramientas privilegiadas de la reorganización de los dispositivos institucionales y económicos, estas tecnologías ponen al desnudo las estructuras concretas de las realidades donde están llamadas a insertarse. Al obligarnos a interrogarnos sobre las vías peculiares que sigue el proceso de informatización de cada sociedad, es a una radiografía de esta última, que uno está convidado”.

Insistíamos sobre el hecho de que cada sociedad tiene el modo de apropiarse de los llamados “universales de la comunicación” que se merece. Lo hace con el peso de su cultura, de su historia y de la pluralidad de los actores que les actúan y actualizan. Lo que ha cambiado entre hoy y el momento en que redactamos *América Latina en la encrucijada telemática* es que cada vez más actores sociales, económicos, políticos, culturales, con intereses no necesariamente convergentes, pueblan el espacio público de los debates sobre las vías de implantación social de las tecnologías. Lo que es una novedad con relación a la larga historia de los medios de comunicación y de información cuya implantación social se hizo a espaldas de las sociedades civiles.

Las investigaciones que se desarrollan en el mundo sobre los experimentos de instauración de las infraestructuras de la llamada Sociedad de la Información muestran que, mas allá de los discursos globalizantes que les acompañan, la formulación de estrategias hace resurgir, en cada realidad nacional, las especificidades que traducen configuraciones de actores inscritos en contextos institucionales, culturales, industriales y políticos genuinos. Todas variables que incluso los expertos del famoso *think tank*, la *Rand Corporation*, deben tomar en cuenta cuando elaboran sus tipologías esquemáticas de los diversos países del planeta según el “impacto de la revolución de la información”.

Cuando, por ejemplo, clasifican a Inglaterra, Irlanda, Israel, Taiwan entre los “voluntaristas” o “seguidistas”, en el sentido de que se dejan llevar por el determinismo técnico y, en cambio, ubican a Alemania y Francia en la categoría de los “modificadores”, es decir aquellos países que se preocupan en grados distintos de los “valores culturales” y de las “disparidades socioculturales”. Todo ello nos recuerda una vez más que la construcción de la llamada Sociedad de la Información se inscribe forzosamente en un campo de fuerzas políticas de las cuales es difícil abstraerse.

La “Sociedad Global de la Información”: un reto geopolítico

Es en el curso del último decenio que la noción de la Sociedad de la Información ha adquirido un carácter de evidencia en las representaciones colectivas. Incluso si los asincronismos han marcado la popularización de dicha problemática, ciertos países incorporándola con mas lentitud. Es, al parecer el caso de México,: “En México, este debate no cuenta aun con la suficiente difusión y el conocimiento amplio que permita, a todos los sectores involucrados, plantear sus puntos de vista para incidir en la posición que habrá de presentar en la Cumbre de Ginebra”, como se señala en la convocatoria a la VI Conferencia..

La noción de Sociedad de la Información no adquiere su sentido sino en una configuración geopolítica. Proyectos de sociedad contrastados se enfrentan y subentienden arquitecturas y usos muy diferentes de las redes de información y de comunicación a escala planetaria. Lo atestiguan los debates sobre la “brecha digital” y las estrategias para colmarla en las grandes instancias internacionales, del G-7 al sistema de las Naciones Unidas, pasando por el Banco Mundial.

Es precisamente una de las razones por la que nos encontramos debatiendo acerca de la “Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información” que debe reunirse en diciembre del 2003. Este evento en México fue una buena oportunidad para recapitular la topografía

de los actores que ya desde algunos años protagonizan los debates sobre la pertinencia de elaborar un marco regulatorio que presida a la inserción social de las tecnologías digitales.

La noción de Sociedad de la Información acarrea una memoria de controversias. Lo mismo ocurre con su consagración como principio de políticas públicas.

Con la primera crisis del petróleo en los setenta, la “informatización de la sociedad”¹ se transforma, para las potencias industriales, en una herramienta oficial de “salida de la crisis”. Crisis de un modelo de crecimiento económico, autofago, devorando hombres, materias primas y recursos naturales, y, por lo tanto, destinado a periclitarse. Crisis de los modos de producir el consenso, crisis de la “governabilidad de las democracias occidentales”, según los términos que figuran en el diagnóstico emitido en 1975 por la famosa Comisión trilateral, especie de estado mayor informal de la triada América del Norte/ Europa occidental/ Japón. El proyecto de “Sociedad de la Información” inspira estrategias de re-industrialización a nivel de los gobiernos nacionales como en el plano de las instituciones internacionales. Es así como, en la segunda mitad de los años setenta, empiezan a formularse programas de investigación y de acción en la Comunidad Europea y en la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico) y que se introducen tipologías de los países según su grado de cercanía a la sociedad computarizada ideal.

El desencadenamiento de los procesos de des-regulación de la industria audiovisual y de telecomunicaciones, simbolizada por el desmantelamiento del monopolio cuasi público estadounidense, ATT (*American Telegraph & Telephone*) en 1984, repercute directamente al nivel mundial, acelerando la liberalización y la privatización de los sistemas y de las redes. El primer país en seguir esta ola es la Inglaterra de Margaret Thatcher, ya en 1984, casi unos diez años antes que los demás miembros de la Unión Europea. Otros países vanguardias, precisamente con relación a la mayoría de la Unión europea, por ejemplo, fueron Argentina, Chile, México o Venezuela, concordando con las pautas de los planes de reajuste neo-liberales.

En 1998, el acuerdo de la Organización Mundial del Comercio (OMC) sobre la apertura de los mercados de telecomunicaciones a la competencia abre la vía a las concentraciones, imbricando cada vez más las industrias del contenido de los operadores de redes. La fusión de AOL con *Time-Warner* es la mejor ilustración de esta carrera. Una carrera plagada de escándalos financieros, de quiebras y de desilusiones sobre el potencial de la nueva economía.

À partir de 1994-95, las condiciones institucionales están reunidas para el lanzamiento de los grandes planes de construcción de la “Sociedad global de la información”. Situemos algunos eslabones: En 1995, en la Cumbre de Bruselas, el G-7 (el grupo de los países más industrializados), por primera vez, se reúne para tratar el problema de la “sociedad global de la información”, en presencia de unos cuarenta representantes de la industria informática y aeroespacial y en ausencia de representantes de la sociedad civil. En su conferencia inaugural, Al Gore, entonces vicepresidente de Estados Unidos, habla de un “Nuevo orden mundial de la información”; El año anterior, desde Buenos Aires, en la conferencia plenaria de la UIT cuyo tema central era “Desarrollo y telecomunicaciones”, el

¹ Título del famoso informe firmado por Simón Nora y Alain Minc, altos funcionarios franceses, a solicitud del presidente Giscard d'Estaing y publicado en 1978.

mismo Gore había anunciado al mundo su proyecto de autopistas de la información (*Global Information Infrastructure*), extrapolación al nivel planetario de su proyecto doméstico (*National Information Infrastructure*). Incluso Gore había dado como ejemplo, las políticas neo-liberales de des-regulación de las telecomunicaciones en Argentina, Chile y México. En julio 2000, el G-8 reunido en Okinawa, siempre en presencia de altos dirigentes de las grandes empresas, proclama una “Carta sobre la sociedad global de la información”.

De hecho, es la primera vez que el grupo de los países más industrializados toma conciencia de la existencia de una “brecha digital”. Establece un grupo de expertos para elaborar estrategias para resolver esta falta de acceso a las nuevas tecnologías de información. En la Cumbre del G-7 en Bruselas, cinco años antes, no solamente no estaba presente la sociedad civil, sino que el tema de las desigualdades no había siquiera sido abordado. Claro que entre ambas fechas ha irrumpido, en la escena mundial, el movimiento social (entre otros en Seattle en contra del nuevo ciclo de negociaciones en la OMC) con su crítica al peso desmesurado de los grandes países industrializados en todas las instituciones internacionales.

En la cumbre de Génova en 2001, el G-8 dio a conocer su programa para salir de la brecha digital. Las propuestas emanadas de las redes de organizaciones no gubernamentales abocadas a la educación, quedarán reducidas a lo mínimo. Suficiente, sin embargo, para que esta caución de la sociedad civil sirva de coartada. Las generosas propuestas del G-8 contrastan con la extrema violencia que demostraron las fuerzas del orden italianas, en la represión de las manifestaciones pacíficas del movimiento anti-globalización, protestando en las calles de Génova contra el intervencionismo del “club de los países más ricos” cada vez más evidente en la gestión de los asuntos del planeta.

La lección que hay que sacar de este tipo de iniciativa es el esquema de acción imaginado para resolver un problema patentado como global. Lo mismo que ocurre con la lucha en contra del SIDA, que es otra prioridad global, el plan del G-8 para solucionar la brecha digital, representa un tubo de ensayo de una nueva “gobernanza mundial”. Los gobiernos, las grandes empresas y sus apéndices filantrópicos llamadas Fundaciones, se asocian al margen de los canales tradicionales y burocráticos de las instituciones de la comunidad internacional. En este esquema, los planes propuestos para promover el “acceso” dejan intocado el axioma de la obsolescencia del principio de servicio público y de la caducidad del papel regulador del Estado frente a las lógicas desigualitarias de las leyes del mercado, en nombre de la sacrosanta competitividad.

Prolifera pues, un discurso de incautación ritual sobre la “brecha digital” que tiende a relegar al segundo plano, el análisis de las causas de la creciente marginación informacional de una mayoría de países, y, adentro de cada uno (cualquier sea el continente), de la existencia de una línea de demarcación entre los info-ricos y los info-pobres. Si los redactores del Informe 2001, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) afirman que “las redes tecnológicas están en vías de transformar el mapa del desarrollo” y de “crear las condiciones que permitirán realizar, en el espacio de unos diez años, progresos que en el pasado hubieran necesitado varias generaciones”.

Las tablas estadísticas sobre las tasas de equipamiento presentadas en el mismo documento, hacen dudar seriamente de tal profecía: Hay una línea de teléfono para dos habitantes en los países del OCDE, en contra de una para cada quince, en los países en vía

de desarrollo y doscientos, en los países menos avanzados (según la nomenclatura oficial); la tercera parte de la humanidad aun no dispone de electricidad. ¡Y qué decir del peso del analfabetismo, funcional o no, o de la proporción de la población mundial que vive por debajo del umbral de la pobreza monetaria! Ante tal inventario, los discursos de acompañamiento sobre la cercanía de la salvación por virtud de las tecnologías digitales, suenan a indecentes.

La preparación de la “Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información” sirve como revelador de los contrastes entre proyectos de sociedad. Tanto las reuniones intergubernamentales al nivel de áreas regionales (Bávaro, Bamako, Beyrouth, Bucarest, Tokio) como las tres precoms organizadas en Ginebra, en la sede de la UIT, donde la sociedad civil ha sido convidada a hacer entender su voz. Incluso, por el estatuto mismo del sistema de Naciones Unidas, esta oferta no concierne a la participación en las decisiones, y no está exenta del riesgo de recuperación, la experiencia es rica en enseñanzas que trascienden la cuestión puntual de la Sociedad de la Información.

Es un índice de la búsqueda de mecanismos según los cuales, los ciudadanos tratan de organizarse prefigurando una esfera pública transnacional, aun embrionaria. Es en sí ya un gran avance, si se recuerda su ausencia completa en las reuniones o cumbres del G-7 que acuñaron la noción de “Sociedad Global de la Información”.

La primera enseñanza reside en los protocolos acordados para esta participación. Un “Buró de la sociedad civil y de las ONG’s” se constituyó para asegurar la relación con el “Buró de las delegaciones gubernamentales”. El hecho de que en este Buró de la sociedad civil, estén representadas una veintena de “familias” o tipos de organizaciones (desde los *think tanks*, la comunidad científica y los movimientos sociales, hasta los jóvenes, los grupos definidos por el género, los minusválidos, pasando por los pueblos indígenas, las ciudades y poderes locales, etc.) sugieren la dificultad de circunscribir las nociones de “sociedad civil” y “organización no gubernamental” que rigen en las instituciones internacionales.

Es difícil no pensar en la novela de Borges sobre “El Congreso” donde Don Alejandro Glencoe tropieza con el problema de definir el “numero exacto de los arquetipos platónicos” para planear una asamblea que representara a todos los hombres. La galaxia del tercer sector (en relación con los dos otros, el Estado y el Mercado), coexiste con las organizaciones (o *lobbies*) corporativas o empresariales, (como la Cámara Internacional de Comercio o la *Internacional Advertising Association*, que defiende los intereses de la triada de la comunicación masiva (medios, agencias de publicidad, anunciadores). Un “Comité de coordinación de interlocutores comerciales”, presidido por la Cámara Internacional de Comercio, está facilitando las contribuciones del sector privado de la Cumbre.

Por lo demás, los intereses comerciales también están presentes a través de los observadores mandados por empresas transnacionales, llamadas a desempeñar un papel clave en la realización de la Sociedad de la Información y que el sistema de Naciones Unidas corteja desde la entrada en la era de la des-regulación, momento en que aprovechó para dismantelar el Centro sobre las Sociedades Transnacionales, que había dotado de una función crítica, en los años setenta, años en que se pensaba todavía en términos de regulación posible. La confusión, no la ambigüedad que es susceptible de aquejar el manejo del complejo tablero de representantes e intereses, en la preparación de la Cumbre no tardó

en saltar a la vista cuando los organizadores se propusieron alinear, una tras otra, las diversas proposiciones hechas por cada sector sin distinguirlas ni jerarquizarlas.

La segunda lección, más previsible quizás, reside en las posturas de presencia. Por un lado, el discurso sobre la flexibilidad y el espíritu competitivo de la empresa, la necesidad de reducir la función de la política estatal, a la de crear el entorno más favorable a las inversiones, gracias a exenciones fiscales y la supresión de las barreras reglamentarias. Este economismo se acomoda muy bien con la visión pragmática y tecnicista de la comunicación, inherente a la institución anfitriona, la UIT, órgano técnico del sistema de las Naciones Unidas.

Por otro, una filosofía anclada en el desarrollo sostenible y el derecho a la comunicación, que se declina a través de los derechos humanos, la memoria de las experiencias participativas de las tecnologías anteriores, muy especial, la radio, la transparencia, la alfabetización, la educación y la investigación, la diversidad cultural y lingüística, el uso del *software* libre, la disminución de los costos de conexión, la participación efectiva en el gobierno en Internet y a todas las instancias donde se juega la regulación internacional del ciberespacio (OMC, Organización Mundial de la Propiedad Intelectual, OMPI, o el ICANN). A la reivindicación de la seguridad del derecho, a la comunicación para el ciudadano, se opone la obsesión del imperativo de la seguridad de las redes globales amenazadas por el terrorismo. En filigrana de esta vertiente menos publicitada de la “Sociedad de la Información”, están las legislaciones adoptadas a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001, y los proyectos de cruzamiento del conjunto de los bancos de datos y otros yacimientos de informaciones sobre los ciudadanos (seguridad social, tarjeta de crédito, cuentas bancarias, perfiles judiciales, datos sobre viajes aéreos, etc.).

El ejemplo más elocuente de esta centralización de informaciones con fines de “prevención” del terrorismo, está siendo el proyecto de Vigilancia Informática Total, TIA (*Total Information Awareness*), inaugurado en 2002 por la DARPA (*Defense Advanced Research Projects Agency*), la agencia del Pentágono que en los años sesenta inicio la red *Arpanet*, ancestro de la Internet. El reto planteado por tales proyectos totalizantes orientados hacia la seguridad, no es solamente el estrechamiento de los dispositivos y de las practicas de vigilancia de los individuos y la criminalización de la protesta de los colectivos de ciudadanos, sino el ensanchamiento de la función de propaganda de los medios de comunicación en dirección a la opinión publica.

En el horizonte de estos proyectos, una nueva norma internacionalizable de “Estado de excepción” permanente, que aparece como el único baluarte capaz de garantizar la libertad de la movilidad de los flujos, al empezar por aquellos de la riqueza, con el componente militar, la hegemonía pasa a convertirse en dominación abierta. Está muy lejos de la doctrina de los estrategas del “*soft power*” que, al caer el muro de Berlín, depositaron todas sus esperanzas en las formas de poder que no exigen el recurso a la fuerza y la coerción. Estamos aun más lejos de *Zbigniew Brzezinski* que, al proclamar en 1969 el crepúsculo de la era del imperialismo y el nacimiento de la era de la sociedad tecnónica global, profetizaba el fin de la “diplomacia de la cañonera”, y el advenimiento de la “diplomacia de las redes” por vía de la intensificación de la circulación de los productos de la cultura de la “sociedad global”.

Tercer tipo de enseñanzas: la preparación de la Cumbre ha acelerado la diseminación administrativa de la noción de Sociedad de la Información, sin por ello, levantar la confusión que la aqueja. Hay gobiernos que se amoldan sobre el discurso convenido y confían en el determinismo técnico para perpetuar una nueva versión de las estrategias de “modernización”.

En efecto, para echar las bases de una estrategia equitativa en la materia, hay por lo menos que acatarse a las lógicas regresivas de concentración de los ingresos que van a la par con la concentración de los usos de las tecnologías. Como observan los investigadores argentinos, Martín Becerra y Guillermo Mastrini, la carencia de una tradición de servicio público y de intervención de las autoridades públicas en la gestión de las actividades de información y de comunicación, no preparan a un aprovechamiento beneficioso del “salto informacional”.

En cambio, hay otros gobiernos –utilizo el termino pero prefiero advertir que no me gusta hablar de “gobiernos” como entidades platónicas, ya que pueden ser atravesados por posiciones contradictorias, una Secretaria de Educación o una Cancillería no son una Secretaria del Interior o incluso una Secretaria de medios de comunicación mas susceptible de sucumbir a presiones por temor a la oligarquía mediática - que agarran la ocasión, y se apropian de la noción, para domesticarla y tratar de hacer de ella otra cosa.

La incorporación en la agenda política del tema de las nuevas tecnologías se convierte entonces, por lo menos en los sectores reformadores, en ocasión para iniciar un debate de fondo sobre la técnica, la sociedad, las desigualdades y las libertades individuales, y cataliza la reflexión sobre la incompatibilidad del modelo de desarrollo inscrito en los dogmas ultraliberales, con los escenarios de una “sociedad de los saberes por todos y para todos”.

Una última lección que traigo a colación, es la que se ha visto emerger de las Conferencias Continentales. Un primer ejemplo es la Conferencia Asiática de Tokio, que se realizó a principios de 2003, y que mostró la zanja que separa la posición de Japón, adepto de la doctrina estadounidense del *free flow of information* a ultranza, y un bloque compuesto por China, India, Indonesia, Irán, Malasia y Pakistán. El segundo, procede de las reuniones de los países latinoamericanos, entre otras la de Bávaro, en República Dominicana, que se ha desarrollado en la misma época, han vuelto a la superficie las reivindicaciones del “derecho a la comunicación”, apoyadas en los años setenta por el movimiento de los países no alineados, a favor de un Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación, pero que la liberalización y la privatización salvaje de la economía y de las redes, habían alejado de la escena internacional en los dos últimos decenios.

Solo la leyenda negra, tejida alrededor de ese periodo, cuya influencia paraliza la posibilidad de un inventario crítico del pasado y de sus contradicciones, impide que se aprecie en su justo valor este momento pionero y original de la construcción de la larga memoria de las luchas para la democratización de la comunicación.

Es mas que probable que el giro polémico que están dando las discusiones sobre las vías de acceso a la Sociedad de la Información, y más ampliamente sobre el rol de la(s)

cultura(s), en los organismos de la comunidad internacional, se acentúe con el regreso de los Estados Unidos en el seno de la UNESCO, decidido en 2002 por la administración Bush, después de una ausencia de más de quince años. Uno recuerda que la administración Reagan había argumentado la politización de los debates, para dejar a la UNESCO.

Más que nunca, la posición defendida por Washington ante las cuestiones de cultura, de comunicación y de información es, que el debate debe reducirse a los formatos en vigencia en los organismos técnicos y comerciales. Esta postura fue ampliamente explicitada en 1993, durante las negociaciones con la Unión Europea sobre la “excepción cultural” en materia de televisión y otras industrias culturales, en el marco de la OMC. Excepción cultural en el sentido de sustraer a este sector económico de las reglas del libre-cambismo. En realidad, esta temática de la excepción cultural que prefiguraba los debates sobre la Sociedad de la Información, sigue constituyendo un frente esencial en el combate por la diversidad cultural y lingüística. Lo prueban en México, las tentativas recientes de legislar sobre la industria cinematográfica, para crear las condiciones institucionales favorables a la producción nacional, la cual, con la des-regulación ha sido arrasada en los últimos años.

Uno recuerda que, a diferencia de Canadá, el gobierno federal no introdujo una cláusula de “exención cultural” en el tratado de libre intercambio con sus dos socios de Norte América. De paso, ésto nos muestra cuán orgánicas e interdependientes, son las diferentes facetas que adoptan las luchas y reivindicaciones contemporáneas en el campo cultural. De allí la necesidad también de especificar y globalizar cada una.

La Emergencia de los nuevos movimientos sociales

Apoyándose en la logística de las nuevas redes de la militancia y los Foros Sociales mundiales, continentales o nacionales, el movimiento de la alter-mundialización han, progresivamente incorporado la controversia sobre el rumbo tecno-informacional en el debate sobre las razones estructurales de las disparidades socioeconómicas.

La experiencia del Foro Social Mundial de Porto Alegre, es muy instructiva al respecto. En los dos primeros encuentros, (2001 y 2002), la problemática de la comunicación y de sus tecnologías ha sido tratada en forma dispersa y, para decirlo, sin posicionamiento explícito del movimiento social. En cambio, en la tercera edición del evento en 2003, los medios, la información, la cultura, la diversidad, las nuevas formas de la hegemonía y las alternativas a la mercantilización, constituyeron uno de los cinco ejes principales alrededor de los cuales se estructuraron las mesas redondas del Foro.

A la iniciativa de *Le Monde diplomatique*, se lanzó el Observatorio Internacional de los Medios (*Media Watch Global*). Su objetivo: “emprender todo tipo de acción con vista a promover y garantizar el derecho a la información de los ciudadanos en todos los países”. Dicho Observatorio está destinado a desmultiplicarse, a través de Observatorios Nacionales compuestos a igual proporción, de periodistas, investigadores y usuarios. Premonitorio, este proyecto de “perennización”, de establecimiento permanente, de un lugar propicio a la crítica constructiva, en un dominio cada vez más estratégico, está en empatía con el salto de conciencia de las opiniones públicas que se pudo observar durante la crisis iraquí, a través de las protestas en contra de las estrategias manipuladoras del campo de la guerra y en las manifestaciones multitudinarias de febrero y marzo de 2003 a favor de la paz.

La legitimidad, nuevamente conquistada del envite comunicacional, significa un avance importante en el pensamiento del movimiento social. Durante largo tiempo, en efecto, el acercamiento instrumental a los medios, las redes y la cultura, ha dificultado la formalización de una reflexión de conjunto sobre su papel en las estrategias de cambio social. Demás esta decir, que el reconocimiento reciente del carácter central de la problemática de los modelos de implantación social y de operación de las tecnologías de comunicación y de información, dista mucho de ser el hecho de la mayoría de los componentes de los movimientos, aunque todos manejan con destreza, las nuevas herramientas digitales.

Esta legitimación se debe mucho al trabajo pionero de redes sociales, comprometidas desde hace varios años en el sector, como la Agencia Latinoamericana de Información (ALAI), la *World Association for Christian Communication* (WACC), la Asociación Mundial de los Artesanos de las Radios Comunitarias (AMARC), o la agencia *Inter Press Service*, fundada en Roma en los años setenta, que vincula horizontal y directamente a los países del tercer mundo, en una perspectiva de descolonización de la información.

Todas estas redes sociales hacen entender su voz en los lugares donde se dibuja la arquitectura de la Sociedad de la Información. Lejos de dejarse abusar por los discursos convenidos sobre la brecha digital, estas redes han aceptado la invitación de la UNESCO y de la UIT a participar en las reuniones preparatorias de la Cumbre Mundial, sin dejar de organizar sus propios seminarios y lanzando, en noviembre 2001, una Campaña “Derechos de Comunicación en la Sociedad de la Información” (CRIS). Todas estas iniciativas y demandas son unas de las múltiples expresiones de la nueva filosofía de la acción colectiva sobre la gestión de los bienes comunes de la humanidad (la cultura, pero también la educación, la salud, el medio ambiente y el recurso “agua”) según la cual el servicio público, la excepción y la diversidad cultural, deben prevalecer sobre los mecanismos del mercado.

Son precisamente, estos principios democráticos que el nuevo ciclo de negociaciones sobre los “servicios” en el marco de la OMC, no ha dejado de hostigar. Es una prueba más de que no hay que olvidar que el destino de la cultura y de la llamada “sociedad del conocimiento”, se juega en múltiples lugares de las instituciones internacionales. Un tren puede ocultar otro tren.